



RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes



Universidad
Nacional
de Quilmes

Galafassi, Guido

Modernidad, desarrollo y conflictividad social : algunas consideraciones conceptuales



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/>

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:

Galafassi, G. (2013). *Modernidad, desarrollo y conflictividad social : algunas consideraciones conceptuales*. *Revista de ciencias sociales*, 5(24), 7-24. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes <http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1577>

Puede encontrar éste y otros documentos en: <https://ridaa.unq.edu.ar>

Guido Galafassi

Modernidad, desarrollo y conflictividad social

ALGUNAS CONSIDERACIONES CONCEPTUALES

A modo de introducción: desarrollo y modernidad

Es reconocido por todos que el proceso moderno de desarrollo implica una gran transformación de los distintos elementos de la sociedad, ya sea en el plano económico-material, como político, cultural, ideológico y espacial. Esta transformación depende, en una gran medida, de una expansión, nunca antes vista, de la capacidad productiva a través de la elevación de los promedios de productividad por trabajador la cual favoreció la elevación de los promedios de ingreso por persona. Ligado a esto se producen cambios en la estructura de clases y grupos y en la organización social, junto a transformaciones culturales y de valores y cambios en las estructuras políticas y de poder. Este gran proceso de transformación no está exento de conflictos; por el contrario, hasta el presente toda una serie heterogénea de conflictos en diversos planos integra este proceso de transformación.

La historia de la modernidad, y por lo tanto del progreso y el desarrollo modernos, es a su vez la historia de los procesos de movilización social. La modernidad nace o se expresa material, política e ideológicamente a partir de procesos de movilización y cambio; la Revolución Inglesa y la Francesa dan forma a los inicios de la modernidad, al mismo tiempo que se va expandiendo al resto del mundo a través de distintos procesos de ocupación, colonización y dominación que generan dialécticamente nuevos procesos de conflicto y movilización, llegando incluso, en muchos casos, a procesos de liberación y revolución. Por lo tanto, hablar de modernidad y desarrollo es también hablar de procesos de conflicto y movilización social, y viceversa. Son parte inherente del desarrollo

moderno, son producto y productores de la modernidad y son la expresión de las cambiantes condiciones, estructuras y procesos del así llamado “progreso moderno”.

Los procesos de industrialización, urbanización, acumulación capitalista y desarrollo socialista son el entramado dialéctico en el cual se constituyen los procesos de conflicto y con el cual los movimientos sociales interaccionan conformándose y conformándolos. El nacimiento y posterior desarrollo de las ciencias sociales va de la mano también con el análisis de los procesos de progreso y emergencia de las estructuras y acciones modernas así como de los conflictos y de la movilización social. Los padres fundadores de la sociología, y sus continuadores desde la economía y la ciencia política, encontraron en el desarrollo y la movilización social uno de los ejes fundantes de su problemática. La ciencia social moderna se funda con el objetivo de, en parte, legitimar y justificar intelectualmente la emergencia de la modernidad a través del cambio, la movilización social y la relación orden/conflicto.

Modernidad implica, entonces, una transformación del orden ideológico-político, en relación dialéctica con el orden social y económico. De esta manera, el mundo moderno, además de ser hijo de la Revolución Francesa, es hijo principalmente de la Revolución Industrial. Si la Revolución Francesa desencadenó la fuerza política de una “religión de la libertad” y de la democracia representativa, la Revolución Industrial, por su parte, desde fines del siglo XVII, desencadenó las fuerzas del desarrollo económico que provocaron la gran transformación material de la sociedad y que se asentaron en el sistema fabril: la máquina-herramienta y la energía de origen inanimado.

Este proceso no representó solamente un espectacular incremento de la productividad, ligada en su primera fase al algodón y la industria textil de Lancashire y en su segunda fase al ferrocarril y la industria pesada del hierro y el acero, todo de la mano de la nueva conflictividad social entre el capital y el trabajo, sino que representó el rápido ascenso británico a la hegemonía mundial, y sobre todo, la creación de un nuevo orden económico, el capitalismo industrial, intrínsecamente expansionista y abarcador, es decir, tendiente necesariamente a la “globalización”, a su autorreproducción constante y ampliada y a la colonización de otras sociedades. Precisamente lo que Marx llamaba la transformación de “la historia” en “historia universal”, porque

[...] cuanto más se destruye el primitivo encerramiento de las diferentes nacionalidades por el desarrollo del modo de producción, del intercambio y de la división del trabajo que ello hace surgir por vía espontánea entre las diversas naciones, tanto más la histo-

ria se convierte en historia universal, y así vemos que cuando, por ejemplo, se inventa hoy una máquina en Inglaterra, son lanzados a la calle incontables obreros en la India y en China y se estremece toda la forma de existencia de estos estados, lo que quiere decir que aquella invención constituye un hecho histórico-universal (Marx, 1988: 34).

Mercado, Estado y conflictividad social

Estos cambios y transformaciones se potenciaron y extendieron hasta lograr el triunfo absoluto de un mecanismo de intercambio económico presente desde antiguo pero nunca de forma predominante. Así, el mercado, que se constituye a partir del principio excluyente del valor de cambio, domina hasta tal punto el modo de producción capitalista que la esfera de la producción y el intercambio de mercancías termina invadiendo el espacio de la vieja economía doméstica, destruyendo los ámbitos preindustriales y agrarios de las economías naturales, y creando un imaginario social de paz en competencia que, de todas formas y de manera recurrente, se ve perturbado no solo por la conflictividad capital-trabajo sino también por diferentes conflictos intraclase, además de conflictos internacionales por la hegemonía.

Surge una sociedad “artificial” predominantemente urbana frente la sociedad tradicional “natural” de base rural. Y a partir de este momento se comienza a construir la máxima liberal de las virtudes “invisibles” del mercado, para ilustrar cómo la economía de mercado funciona sola sin la necesidad de la intervención estatal, sin hacerse cargo de la contradicción eternamente presente entre Estado y mercado: el segundo necesita del primero pero al mismo tiempo lucha permanentemente por liberarse de él. Las disputas entre liberalismo y socialdemocracia muestran en el terreno político con claridad esta contradicción.

Este proceso de expansión del mercado llevó a la universalización de la forma mercancía, la conversión en bien económico de cualquier cosa, incluyendo obviamente los principales factores de producción trabajo, tierra, dinero mediante la asignación del precio correspondiente –salario, renta e interés.

El ser humano a partir de su expresión como fuerza de trabajo y la naturaleza a partir de su expresión como recurso natural, son subsumidos bajo la forma mercancía, transformándose en no mucho más que bienes transables. Para que el imaginario de un mercado autorregulado cuajara en forma de discurso ideológico contenedor, dicho mercado tenía que colonizar previamente todas

las esferas de la vida social; tenía que des-socializar la economía y mercantilizar la sociedad; lograr que los individuos, atomizados ahora bajo la doctrina del individualismo –regulado por ciertas leyes y principios que aseguran una mínima convivencia y alejen el fantasma de la guerra de todos contra todos hobbesiana–, se constituyeran en sus relaciones sociales como agentes económicos haciendo que las principales motivaciones en la vida social fueran las del beneficio privado y el interés particular, pero nunca las motivaciones más políticas, del altruismo o la solidaridad o el compromiso con el bien público, a las que había que expulsar de la nueva sociedad burguesa, para que no estorbaran la “correcta” marcha de la economía.

Estos valores de solidaridad y altruismo serán tomados por las corrientes político-ideológicas que se desarrollarán para contrarrestar al liberalismo y conducir a la modernidad por caminos diferentes. El anarquismo y el socialismo perdurarán hasta nuestros días bajo estas premisas, influenciando también las diversas variantes de pensamientos ecologistas o ambientalistas surgidos hacia mediados o fines del siglo XX. Mientras en el liberalismo el conflicto de intereses transmutado en competencia promueve el progreso y el desarrollo entre los hombres, en el pensamiento socialista el conflicto se asienta en la explotación de una clase por otra, conflicto en tanto explotación que seguirá existiendo hasta que no desaparezcan las clases.

Pero es sin duda la mercantilización del factor trabajo la transformación decisiva, porque sin mercado de trabajo no hay capitalismo, el cual genera al mismo tiempo un ámbito particular para una de las conflictividades básicas de la modernidad. El capitalismo necesitaba de un proletariado industrial independiente, de una fuerza de trabajo que pudiera comprarse y venderse a su precio de mercado, el precio de reproducción de la propia fuerza de trabajo. Y esta mercantilización del trabajo no se produjo sin arrastrar con ella una serie de consecuencias sociales que marcaron el nacimiento de la clase obrera, oscilante entre el sometimiento, la complicidad, la rebelión y hasta la revolución anticapitalista.

La cuestión social estuvo marcada por una gran paradoja, la del pauperismo en medio de la abundancia material y el crecimiento económico (paradoja que está presente hasta la actualidad, a pesar de las diferencias y variantes). Pero en conjunción con esta definición económica, existió también la confianza en la perfectibilidad social y en el progreso, es decir que, junto a la pauperización, se desarrolló también un cierto espíritu favorable a la utopía y a la reforma social que mejoró ampliamente varios indicadores de nivel y expectativa de vida, y llegó a generarse incluso una especie de “in-

geniería social". Es que el surgimiento del capitalismo se produce en paralelo al desarrollo del positivismo, corpus de pensamiento que hace del progreso (material, fundamentalmente) su *leitmotiv* primario. En efecto, el pensamiento social del XIX está imbuido también de reformismo y de reorganización social, desde el socialismo utópico hasta el utilitarismo, desde los *Villages of Union* de Owen o los falansterios de Fourier, hasta el panóptico y las *industry-houses* de Bentham.

Este proceso moderno de desarrollo es el que determinó, aunque contradictoriamente, la naturaleza del Estado contemporáneo, inscripto en sus inicios en una tendencia creciente de participación del sistema de poder estatal en los procesos de crecimiento económico de la sociedad. A pesar del discurso extremo liberal contra la intervención estatal en la economía, el Estado moderno y el desarrollo capitalista se fundaron en una mayor interpenetración entre los aparatos estatales y el desarrollo productivo. Cabe agregar que los tres componentes básicos gracias a los cuales se han ido creando y desarrollando los estados, como población, territorio y poder institucionalizado, generan con su interacción y a partir de la acción promotora de este último, el proceso de transformación característico de la modernidad.

Este Estado capitalista contemporáneo se encuentra guiado, según Offe (1990), por cuatro condiciones funcionales: I) producción privada. La propiedad, tanto de fuerza laboral como de capital es privada. Por lo tanto, las decisiones privadas son las que determinan el uso concreto de los medios de producción; II) restricciones tributarias. Los recursos materiales necesarios al funcionamiento del poder político se obtienen por medio de impuestos, lo que determina una dependencia del Estado capitalista hacia el volumen de acumulación privado; III) acumulación. El poder político se halla básicamente interesado en promover las condiciones que favorezcan un crecimiento de la acumulación; IV) legitimación democrática. En regímenes políticos democráticos-parlamentarios, el control sobre el poder estatal institucional solo se logra a través de procesos electorarios.

Sin duda, desde el punto de vista del desarrollo, la acumulación es el proceso clave en este esquema, el que convergen y apuntalan las otras tres condiciones mencionadas, siendo la última una condición no indispensable, como lo demuestra la historia de los países periféricos.

La acumulación se inicia en base a los procesos modernos de transformación de la naturaleza. Esta acumulación se logra trasladando componentes del sistema natural, a partir de la creación de valores, a los procesos de la sociedad.

Para que este proceso de transformación fuera posible ha sido necesario que se dieran cambios importantes en la organización del trabajo, pasando de un trabajo artesanal simple a una alta especialización con la incorporación de los correspondientes cambios tecnológicos. Esto, a su vez, se articula con un aumento en la utilización de energía no humana, lo que ha permitido aumentar la productividad y a partir de esto generar un excedente por sobre lo necesario para reproducir la fuerza de trabajo. Este excedente ha favorecido la acumulación de instrumentos de producción que incorporan el cambio tecnológico y un creciente insumo energético, lo que a su vez vuelve a aumentar la productividad del trabajo, que permite una nueva expansión del excedente, y así sucesivamente aumentando la producción, los niveles medios de vida y la población (Galafassi, 2006).

Dos indicadores que permiten medir el aumento en los niveles de vida a través del bienestar físico están dados por la estatura (como indicador del nivel de nutrición) y por la esperanza de vida. Recientes estudios parecen indicar que tanto uno como otro solo tuvieron crecimientos notables recién en el siglo XX. La estatura promedio de grupos de población está fundamentalmente determinada por la nutrición neta en la niñez y en la adolescencia. Hasta el siglo XIX, la desnutrición crónica en todos los países mantuvo la estatura adulta en niveles muy por debajo de los niveles del siglo XX, conservándose estos bajos niveles en países subdesarrollados hasta hace poco tiempo.

La desnutrición crónica también generó una baja esperanza de vida en todos los países entre otros motivos por la alta vulnerabilidad a las enfermedades, hasta hace pocas décadas. La mejoría duradera de la esperanza de vida se concretó bien entrado el siglo XX, incluso en los países desarrollados. Por supuesto que esta última condición se ha dado en forma muy despareja entre clases y grupos, utilizándose importantes proporciones del excedente, de la innovación tecnológica y del aumento de la capacidad productiva en armamentos, y otros usos contraproducentes para el desarrollo humano.

Las diferencias físicas entre los estratos sociales de las sociedades industriales asumieron un carácter dominante hasta hace relativamente poco tiempo. Fogel (1992) señala que para el 1800, la población adulta de sexo masculino perteneciente a la nobleza inglesa tenía una estatura en más de 12 cm superior a la estatura media de la población total.

Sin embargo es innegable que la mejora en el bienestar físico está ligada al crecimiento económico. El aumento de la producción de bienes y servicios per cápita, sin ser una condición sufi-

ciente, sí es una condición necesaria para el aumento en el nivel de vida.

De hecho, el gran aumento de productividad en la historia de la humanidad se da recién en la modernidad. Se calcula que hacia el 1700, la mayoría de los países de Europa occidental tenían un nivel de ingreso per cápita no muy superior, probablemente, al del Imperio Romano en el primer siglo de la era cristiana.

Pero este aumento en la productividad no es parejo en todos los rincones del mundo. De hecho, la brecha de productividad existente hoy entre las regiones más desarrolladas y las subdesarrolladas, tiene un origen relativamente reciente, rondando en alrededor de cuatro veces más productividad para las naciones ricas. Si bien la productividad en Asia, Europa oriental y América Latina creció entre lo que va del siglo XX y el actual, nunca se pudo salvar la brecha generada hacia el siglo XVIII cuando, a partir de la Revolución Industrial, unas pocas naciones del Atlántico norte comenzaron a crecer lenta pero sostenidamente.

Ahora, la reproducción de la fuerza de trabajo necesita que se extraigan de la naturaleza los elementos por medio de alguna tecnología. La concreción de un excedente en una fuerza de trabajo ampliada y en la disponibilidad de nuevos instrumentos de trabajo necesita un aumento en la extracción de recursos naturales correspondientes, lo que implica una nueva demanda de cambios técnicos.

El aumento en la extracción de los recursos naturales se logra en parte por medio de la especialización y artificialización de la agricultura y ganadería sobre los sistemas naturales, en base a las premisas de crecimiento ilimitado del desarrollo científico-tecnológico moderno. La agricultura es la actividad destinada a “desarrollar y civilizar” el agro, es decir, obtener de la tierra los productos considerados útiles para el hombre, según los parámetros específicos del desarrollo y el progreso modernos. Los sistemas naturales (ecosistemas) producen en forma diversificada y simultánea múltiples especies vegetales y animales (biomasa diversa). El proceso agrícola implica la elección de aquellas especies útiles al proceso de producción y acumulación dado, y la eliminación de las restantes. Así, se aprovechan los potenciales naturales seleccionados (agua, energía solar, nutrientes del suelo) y junto con los instrumentos de trabajo e insumos energéticos aportados por el hombre, se obtiene un aumento en el rendimiento de las pocas especies consideradas de utilidad; aunque disminuya la productividad total del ecosistema en términos de biomasa, tanto como la diversidad biológica que sustenta los sistemas naturales, lo que puede provocar con el tiempo un deterioro irreversible en el funcionamiento y estructura de estos ecosistemas.

La naturaleza es un elemento que gradualmente se ha ido incorporando a la conflictividad social y cultural moderna, generando una muy rica discursividad crítica que apunta en muchos casos a la esencia misma de la modernidad y su lógica de desarrollo a partir de esa particular conjunción entre Estado y mercado. En la raíz de esta cuestión existe una crítica al antropocentrismo moderno en la cual, seguramente, el romanticismo de los siglos XVII y XVIII se destaca como una de sus primeras formas al reivindicar la naturaleza salvaje frente al capitalismo naciente. Basado en la creencia de que existe una igualdad entre las distintas “criaturas de Dios”, tal como es recuperado por el moderno ecologismo, en sus múltiples variantes, y su concepción ecocéntrica.

Pero será, sin dudarlo, en el siglo XIX cuando las primeras organizaciones y movimientos en pos de la valoración de la naturaleza sentarán claros antecedentes que, sin solución de continuidad —aunque adoptando diversos caminos alternativos e incorporando conquistas y concepciones a la par que el conflicto social se diversifica—, llegarán hasta la actualidad en que son identificados como “nuevos movimientos sociales”, aunque su origen se remonte a varios siglos atrás. Henry David Thoreau y su *Walden, la vida en los bosques*, publicada en 1854, realizó un fuerte alegato, basado en su experiencia de vida, en contra de la alienación en que ya se veía sometido el hombre de la naciente sociedad industrial. John Muir (1838-1914), desde una más clara posición conservacionista, logra sentar las bases para la creación de los primeros parques nacionales en la década de 1860. En esta misma línea, en 1892 se crea el Sierra Club y para 1905 se funda la Audubon Society también en los Estados Unidos de Norteamérica. Aldo Leopold, ya en el siglo XX es considerado el fundador de la ética ambiental (1949) y los años sesenta dan a luz una infinidad de movimientos, organizaciones y corrientes teóricas, justo cuando la sociedad industrial del primer mundo llega a un pico de destrucción de las condiciones naturales.

Valen solo como ejemplos algunas citas en publicaciones argentinas de las décadas mencionadas, que sería importante no menospreciar a la hora de calificar como novedoso cuando se habla de movimientos sociales para la última década del siglo XX o la primera del actual siglo XXI: “Más importante que la conciencia radical o política es la comprensión de que somos parte de algo más grande que la nosotros, una porción de esa totalidad que es el Planeta Tierra”; “Siento que la conciencia ecológica es el principio unificador mediante el cual podemos comenzar a ver las diversas metas y visiones que compartimos en el movimiento como elementos de una revolución total. A menos que exista el principio unificador, la nuestra será al final una revolución fallida, y el resultado será la

destrucción del planeta entero”. El extenso estudio “Catástrofe o nueva Sociedad” de la Fundación Bariloche (de la primera mitad de la década de 1970) que debatía con las tesis primermundistas del crecimiento cero, o los hoy en día también ignorados trabajos *Ecología y subdesarrollo en América Latina* de S. Olivier y *La larga jornada* de A. Herrera completan este panorama, que muestran cuánto de historia tiene lo identificado como “nuevo”.

Este historial más *occidental* se conjuga en la actualidad con toda una serie de ricos procesos de protesta y resistencia de pueblos originarios y movimientos campesinos y urbanos que confluyen en la conformación de movimientos socio-políticos con reivindicaciones ambientales y territoriales que, por ejemplo, vienen teniendo lugar a todo lo largo de América Latina en las últimas décadas (vale solo como algún ejemplo, el MST y la práctica agroecológica, el sincretismo entre naturaleza, cosmovisión originaria y cambio social del neozapatismo, la estrategia del “Buen Vivir” que emerge de la nueva rebelión en Bolivia o el ambientalismo que resiste la megaminería a todo lo largo de la Cordillera, etcétera).

Desarrollo y espacialidad

Pero todo el despliegue de tecnología y trabajo modernos asume necesariamente, como todo acto humano, una dimensión espacial. Concentrándonos en la producción, eje del proceso de desarrollo moderno, la espacialidad constituye al mismo tiempo un obstáculo y una fuente de recursos. La producción, al ser una actividad eminentemente social, en donde los productores cooperan, transforma la naturaleza y reparten el producto obtenido, deben vencer al *espacio* por el movimiento de las personas, cosas e información. El transporte y la comunicación requieren un tiempo de trabajo para atravesar el espacio, y el trabajo invertido está en relación directa con la distancia a recorrer por trabajadores, consumidores, mercaderías y mensajes. Pero a su vez, y salvo en aquellas áreas todavía no pobladas, la expansión espacial de la producción asume muchas veces una alta conflictividad entre pueblos, por cuanto la expansión del mercado de capital implicó la ocupación y colonización de infinidad de tierras y culturas que terminaron sometidas a los designios de la sociedad industrial moderna. La larga serie de conflictos que se renuevan en forma permanente entre los pueblos originarios, los estados y el capital es nada más que un ejemplo de esta conflictividad por el espacio y el territorio. El neozapatismo en México, las largas fases de protesta y rebelión del pueblo mapuche en Chile y en Argentina y las movilizaciones indígenas en Ecuador y Bolivia de

los últimos años son solo algunos ejemplos claros y bien conocidos de estos procesos de conflicto.

Pero, la *espacialidad* constituye a su vez una fuente de recursos necesarios a la producción. Toda actividad humana (trabajo, convivencia, juegos, actividad política, etc.) se desarrolla sobre el territorio, es decir que aquí se consume la espacialidad, y además la transformación que implica toda producción, parte del consumo de otros seres vivos y también de componentes naturales abióticos que tienen su expresión en el *espacio* y desarrollan sus procesos fisicoquímicos y biológicos en relación a un territorio. Y este consumo productivo del territorio, agroganadero y minero, reviste una dimensión fundamental del desarrollo moderno, que se vio fuertemente incrementado debido a la propia dinámica expansiva del capitalismo (generando también un aumento explosivo de la población en los últimos dos siglos) exigiendo así la ampliación espacial de todas las actividades primarias de producción, para hacer frente al aumento de la demanda.

Ahora, esta dimensión espacial tiene su correlato en lo temporal, imprimiendo cambios y transformaciones en la utilización de la espacialidad. La evolución tecnológica implica un ahorro del territorio en tanto recurso, en la medida que permite un uso más intensivo, a partir del uso de abonos, plaguicidas, irrigación, selección de semillas, etc., es decir a partir de la especialización y artificialización de los ecosistemas. Y el avance tecnológico, en cuanto al transporte y a la preservación de los productos agrícolas, ha permitido una expansión territorial de la producción agroganadera, es decir se ha podido materializar una accesibilidad más intensiva de la especialidad al mismo tiempo que una homogeneización del territorio.

De esa manera fue posible generar un excedente de productos alimenticios que permitió la transferencia de población rural a la ciudad, donde se la requiere para el proceso de industrialización consistente en la transformación de los productos extraídos de la naturaleza.

Aunque es importante resaltar que esta transición que implicó la migración de la población rural a las ciudades fue un proceso más que traumático, e impulsado tanto por la insostenibilidad de formas de vida anteriores como por la demanda compulsiva de mano de obra para los emprendimientos urbanos, que las élites gobernantes resolvían extrayendo fuerza de trabajo agrícola para proveer de personal suplementario para el ejército, la construcción y distintos trabajos urbanos. La consecuencia inevitable de este proceso de competencia para la escasa mano de obra disponible fue la reducción de los rendimientos y de la producción agrícola total, no pudiendo satisfacer la demanda y llegando en ocasiones a verdaderos

períodos de hambre que afectaban más directamente a los campesinos pobres (Boserup, 1984). Los avances tecnológicos registrados hasta aquí no se correspondían con cambios en el nivel de bienestar físico. Es que el progreso de la productividad nunca se materializó en forma inmediata en mejoras en el nivel de vida (cfr. Coastworth, 1997). Los aumentos de productividad durante la Revolución Industrial implicaron un estancamiento y hasta disminución del bienestar –ya que el aumento de productividad no se traducía en forma inmediata en mejoras del nivel de vida– y debido a los altos costos sociales que significó el cambio tecnológico terminaron siendo el germen de las rebeliones obreras.

Pero es indudable la centralidad de las ciudades en el desarrollo moderno y en la generación de riqueza. El eje del proceso de crecimiento moderno está presente en las ciudades que inician un proceso de sustitución de importaciones que desata a su vez en forma explosiva grandes fuerzas económicas que conducen a la expansión: mercados urbanos de productos importados nuevos y diferentes; un brusco incremento de los puestos de trabajo en la ciudad; tecnología para aumentar la producción y la productividad rurales; traslado de talleres urbanos y capitales generados por la ciudad (Jacobs, 1986). En consecuencia, las ciudades y sus regiones urbanas son vistas como la base, a través del proceso de sustitución de importaciones que se realiza en ellas, del proceso de expansión económico moderno, y se traslada la preocupación desde las “economías nacionales”, que son el motivo de discusión de todos los expertos en desarrollo, al fenómeno que se materializa en las áreas urbanas y desechando así el uso de estadísticas abstractas, que no reflejan, según Jacobs, la expresión territorial del desarrollo. Esta desigualdad territorial, que se agudiza claramente en los países periféricos, ha llevado en muchas ocasiones a una serie de conflictos regionales en donde la determinación rural-urbano tuvo su importancia, al generarse contradicciones entre grupos hegemónicos con actividades e intereses preferentemente agro-ganaderos por un lado y otros con radicación más urbana concentrados básicamente en actividades industriales y comerciales. Lo que Portantiero (1977) y O'Donnell (1977) definen como el empate hegemónico para la década de 1960 en la Argentina, está relacionado justamente con estos factores. También en aquellos años, las organizaciones revolucionarias armadas, que seguían el ejemplo de la revolución cubana, consideraron a las zonas atrasadas del campo como su territorio de desarrollo estratégico, dadas las condiciones de explotación agudizadas de las áreas rurales y a su vez el relativo escaso desarrollo urbano e industrial de muchos de los países latinoamericanos.

Trabajo-tecnología y conflictos en la sociedad moderna

Este gran proceso de transformación dado en la modernidad con la emergencia de la razón instrumental (Horkheimer, 1969) y el dominio de la naturaleza y el espacio ha sido posible gracias a los cambios importantes que se dieron en la organización del trabajo y la tecnología y que permitieron elevar los niveles de acumulación de manera exponencial al mismo tiempo que la concentración de la riqueza en los sectores propietarios de los medios de producción. Este excedente ha favorecido la acumulación de instrumentos de producción que incorporan el cambio tecnológico y un creciente insumo energético –que implica mayor explotación de la naturaleza y el territorio–, lo que a su vez vuelve a aumentar la productividad del trabajo –sin que esto implique una mejor remuneración–, que permite una nueva expansión del excedente, y así sucesivamente en una dinámica de acumulación, expansión, explotación que consecuentemente genera recurrentes conflictos.

El trabajo, entonces, debe ser considerado un rasgo específico de la vida humana. En toda sociedad, cualesquiera sean sus características, el trabajo es el común denominador y condición básica de su desarrollo. El proceso de trabajo moderno es precisamente la concretización manifiesta de la razón subjetiva llevada al ámbito de la producción material. En él se sintetiza la lógica pragmática contemporánea de ordenar los medios a un fin predeterminado, el de la maximización de las ganancias.

En cuanto tal, el trabajo ha merecido la reflexión de muchas corrientes de pensamiento. Para los economistas liberales, se distingue por su utilidad, por la capacidad para producir bienes y servicios. Se lo ha definido también, y sin entrar en contradicción con lo anterior, como la organización de un marco social para luchar con la naturaleza, o como el hombre añadiéndose a la naturaleza, porque “el trabajo es esencialmente, a través de la técnica, la transformación que hace el hombre de la naturaleza que, a su vez, reacciona sobre el modificándolo” (Friedman, 1971). Udy (1971) define al trabajo “en términos muy simples, como todo esfuerzo intencional destinado a modificar el ambiente físico del hombre”. Pero el trabajo involucra fundamentalmente una perspectiva política, dada por la relación Estado-sindicalismo y el conflicto laboral que se genera recurrentemente por la contradicción básica capital-trabajo que origina un comportamiento político de la clase obrera (cfr. Zapata, 1986), y una perspectiva más sociológica que resalta la noción de “situación de trabajo” y “mercado de trabajo” (cfr. Rojas y Proietti, 1992); remitiendo ambas siempre a la situación de

desigualdad existente entre los sujetos, desigualdad que en la mayoría de los casos es aceptada por vía de legitimaciones ideológicas e incentivos materiales, pero ocasionalmente, y por circunstancias diversas a lo largo de la historia, es desafiada a través de diferentes procesos de organización, protesta y movilización social.

Pero el trabajo moderno es sinónimo de técnica y tecnología. Indisolublemente ligada al trabajo, la técnica hace referencia a las distintas formas y estilos en que será tratado el medio natural para transformarlo en elementos útiles. Talcott Parsons define a la tecnología como “la capacidad socialmente organizada para controlar y alterar activamente objetos del ambiente físico en interés de algún deseo o necesidad humana”. Lewis Mumford (1978), con un enfoque menos neutral y optimista, y en consonancia con el pensamiento crítico, ha dicho que en

la relación entre hombre y técnica, nuestra era está pasando el estado primitivo del hombre, caracterizado por su invención de herramientas y armas con el fin de conseguir el dominio sobre las fuerzas de la naturaleza, a una condición radicalmente diferente, en la que no solo ha conquistado la naturaleza, sino que, además se ha desprendido por completo del hábitat orgánico.

Queda claro ya, que la técnica en la sociedad moderna representa un resorte central de los mecanismos que regulan el poder. La técnica no es neutra, por el contrario, en tanto mediadora entre hombre y objeto de trabajo (sea materia prima natural o ya transformada), responde a objetivos inscritos en la racionalidad instrumental dominante en la sociedad contemporánea donde las relaciones de poder son visiblemente desiguales. Así, la técnica en la modernidad no solo instrumentaliza la extracción, apropiación y transformación de la naturaleza, sino que además vehiculiza el poder de dominio en la estructura social (Galafassi, 2002). A partir de esto puede entenderse más fácilmente cómo la dominación técnica ha generado y sigue generando infinidad de dimensiones conflictivas, desde aquellas propiamente relacionadas con el puesto de trabajo y la rutinización de las tareas hasta aquellos otros conflictos surgidos por la aplicación de la técnica a las condiciones de producción y de domesticación del territorio y la naturaleza.

Técnica, racionalidad instrumental y dominio, son conceptos complementarios. En *Dialéctica del Iluminismo* ya se lo dejaba claramente planteado,

[...] el ambiente en el que la técnica conquista tanto poder sobre la sociedad es el poder de los económicamente más fuertes sobre la so-

ciudad misma. La racionalidad técnica es hoy la racionalidad del dominio mismo (Horkheimer y Adorno, 1969, p. 147).

Por esto mismo, la elección de una determinada manera de aplicar la tecnología está en relación con la racionalidad económica del sector social en cuestión. La capacidad tecnológica, la producción y aplicación de estrategias técnicas, entonces, no constituyen esferas independientes que se explican por sí mismas. Por el contrario, entre otras cosas, “la rentabilidad privada y los costos de acceso a diferentes tecnologías condicionarán, entonces, la selección de técnicas en uso y el abandono de otras” (Gutman, 1986, p. 187). Desde las protestas luditas de los obreros ingleses a principios del siglo XIX hasta la reacción de muchos pueblos cordilleranos contra la megaminería en la actualidad, la técnica –en tanto creación y aplicación social– ha estado involucrada directa o indirectamente en la generación de conflictos sociales tanto en los países centrales como los periféricos (Sale, 1995; Hobsbawm, 2001; Galafassi, 2010).

Reflexiones finales

Si bien en la última década han crecido recurrentemente los conflictos en los países centrales debido a la crisis profunda del modelo neoliberal de mercado y a los planes de ajuste que los estados y los grupos concentrados vienen imponiendo, la conflictividad social en estos mismos países se había visto aminorada en las décadas anteriores debido a la creación del Estado de bienestar, el cual a través de un masivo aumento del gasto público y de la regulación estatal del capital, logró una distribución menos inequitativa de la riqueza sacando a las grandes mayorías de la pobreza y permitiéndoles acceder a un ingreso que satisfaga las necesidades básicas y algo más también. La existencia del bloque soviético fue clave para la puesta en marcha de la economía del bienestar. Las políticas llevadas a cabo en los países desarrollados consistentes en volver más habitable las ciudades y el campo, claves para el desarrollo industrial y agropecuario modernos, se orientaron hacia programas de vivienda para los trabajadores, de infraestructuras diversas tanto para la producción como para la población trabajadora y programas sanitarios que abarcaron desde el control de la calidad de los alimentos hasta campañas masivas de vacunación, implementación de sistemas masivos de instrucción pública, teniendo esto como consecuencia un descenso más que notable de la mortalidad así como del analfabetismo. Este proceso tuvo también en términos políticos, consecuencias positivas para los intereses del capital,

pues apaciguó notablemente la protesta radical de la clase obrera, que se vio incorporada, al menos en parte, a los estándares de consumo de la sociedad moderna. Pero el Estado de bienestar llegó a sus límites así como la paciencia de los grandes grupos económicos concentrados (que igualmente crecieron en pleno estado social), y *bajo el auspicio* de la caída del Muro de Berlín y la liquidación de la experiencia soviética y china, la lógica del capital vuelve a imponer su faceta más pura reinstalando el individualismo extremo y generando en consecuencia una renovación del ciclo de conflictos al entrar en crisis la sustentabilidad material de amplios sectores de la población, mientras algunos pocos grupos veían crecer exponencialmente sus ingresos. Cientos de manifestaciones y protestas masivas se vienen sucediendo con epicentro en Europa occidental (España, Grecia, Italia, Chipre, etc.), justamente la cuna del pacto social keynesiano.

La suerte corrida por los países subdesarrollados, que estuvieron lejos de implementar el Estado de bienestar fue bien distinta, primando una mayor desigualdad (con altos niveles de exclusión social) y bajos niveles de bienestar general, llegando solo en algunos casos a índices de bienestar (promedios), gracias a proyectos populistas, que en las últimas décadas se asemejaban a aquellos alcanzados en los países desarrollados a principios de este siglo. El hecho que la periferia haya sido durante mediados del siglo XX el epicentro de muchas luchas por la liberación social y nacional corre de la mano con la situación recién descripta.

Con el derrumbe del bloque soviético, la crisis del Estado de bienestar y su reemplazo por políticas neoliberales (o neoconservadoras) recién mencionadas, la pauperización de buena parte de la población, tanto en los países centrales como periféricos, inició un nuevo crecimiento, reapareciendo con fuerza en las últimas dos décadas toda una nueva serie de conflictividad social, con un carácter más defensivo, debido en parte a las crisis ideológicas y las derrotas de las propuestas políticas que buscaban reemplazar a la modernidad capitalista. América Latina sin embargo ha visto aparecer en la última década toda una serie de procesos de movilización y conflictos que, en muchos casos, llegaron a renovar política y económicamente la realidad tanto nacional como regional, poniendo en jaque al proyecto neoliberal. Los patrones de desarrollo neoliberal que basaron su accionar en un fuerte individualismo, y que habían roto todo tejido social construidos por la concepción comunitaria y social del capitalismo moderno de principios del siglo XX, están siendo precisamente vueltos hacia atrás de la mano de una multiplicidad de sujetos colectivos (pueblos originarios, campesinos, excluidos, desocupados, maríales urbanos, etc.) que

hasta el presente no habían sido aquellos considerados por la teoría mayoritaria como los portadores del cambio.

Una multiplicidad de conflictos dispersos, tanto espacialmente como en términos de consignas y demandas, representa el panorama actual, en búsqueda seguramente de nuevos aglutinantes que permitan reconstruir el horizonte utópico necesario para toda sociedad en evolución, reimprimiéndole a la modernidad su sello distintivo de cambio y transformación permanente.

Bibliografía

- Bairoch, P. (1993), *Economic and World History*, Nueva York.
- Boserup, E. (1984), *Población y cambio tecnológico*, Barcelona, Crítica.
- Coastworth, J. (1997), “En torno de la historia del bienestar”, *Desarrollo Económico*, N° 144, Buenos Aires.
- Fogel, R. N. (1992), *Egalitarianism the economic revolution of the Twentieth Century*, University of Chicago.
- Friedman, G. (1971), “El objeto de la sociología del trabajo”, en Friedman y Naville, *Tratado de sociología del trabajo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Fundación Bariloche (1977), “Catástrofe o Nueva Sociedad. Modelo mundial latinoamericano”, Ottawa, IDRC.
- Galafassi, G. (2002), “La teoría crítica de la Escuela de Frankfurt y la crisis de la idea de razón en la modernidad”, *Contribuciones desde Coatepec*, enero-junio 2002, N° 2, pp. 4-21.
- (2006), “Naturaleza, Sociedad y Alienación. Ciencia y proceso social en la modernidad”, Montevideo, Nordan-Comunidad.
- (2010), “Capital, naturaleza y territorio en Patagonia. Rediscutiendo las tesis sobre la acumulación primitiva”, *A Contracorriente, A Journal of Social History and Literature in Latin America*, vol. 8, N° 1, otoño 2010, pp. 198-229.
- Goldsmith, R. (1984), “An estimate of the size and structure of the national product of the early Roman Empire”, *Review of Income and Wealth*, vol 30, pp. 263-288.
- Gutman, P. (1986), “Economía y ambiente”, en E. Leff (coord.), *Los problemas del conocimiento y la perspectiva ambiental del desarrollo*, México, Siglo XXI.
- Hobsbawm, E. (2001), *Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos XIX y XX*, Barcelona, Crítica.
- Horkheimer, M. (1969), *Crítica de la razón instrumental*, Buenos Aires, Sur.
- y T. Adorno (1969), *Dialéctica del iluminismo*, Buenos Aires, Sur.
- Jacobs, J. (1986), *Las ciudades y la riqueza de las naciones*, Barcelona, Ariel, 1986.
- Jezer, M. (1969), “Ecología”, *Eco-contemporáneo*, N° 13, Buenos Aires, pp. 2-3.

- Maddison, A. (1994), "Explaining the Economic Performance of Nations, 1820-1989", en Baumol, W., R. Nelson y E. Wolff (ed.) (1994), *Convergence of Productivity: Cross-National Studies of Historical Evidence*, Nueva York, Oxford University Press.
- Marx, K. (1988), *El capital*, tomo 1. México, Siglo XXI.
- Mumford, L. (1978), "La técnica y la naturaleza del hombre", en Kranzberg y Davenport (eds.), *Tecnología y cultura*, Barcelona, Gustavo Gilli.
- O'Donnell, G. (1977), "Estado y alianzas en la Argentina contemporánea, 1956-1976", *Desarrollo Económico*, N° 64, pp. 523-554.
- Offe, C. (1990), *Contradicciones en el Estado de bienestar*, Madrid, Alianza.
- Olivier, S. (1981), *Ecología y subdesarrollo en América Latina*, México, Siglo XXI.
- Pierri, N. (2001), "El proceso histórico y teórico que conduce a la propuesta del desarrollo sustentable", en Pierri y Foladori (eds.), *¿Sustentabilidad? Desacuerdo sobre el desarrollo sustentable*, Montevideo, Trabajo y Capital, pp. 27-80.
- Portantiero, J. C. (1977), "Economía y política en la crisis Argentina", *Revista Mexicana de Sociología*, N° 2, México.
- Prensky, P. (1970), "Ecología: fin o comienzo del mundo", *Contracultura*, vol. 1, Buenos Aires, pp. 2-4.
- Rojas, E. y A. Proietti (1992), "La sociología del trabajo: los dilemas de superar la ilusión y acceder a la crítica", en A.A.V.V. (1992), *La sociología del trabajo*, Buenos Aires, CEAL.
- Sale, K. (1995), *Rebels against the future. The Luddites and their war on the Industrial Revolution, lessons for the computer age*, Addison-Wesley Pub.
- Thoreau, H. D. (1999), *Walden, la vida en los bosques*, Buenos Aires, Errepar.
- Udy, S. (1971), *El trabajo en las sociedades tradicional y moderna*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Zapata, F. (1986), "Hacia una sociología del trabajo latinoamericana", en *Trabajadores y sindicatos en América Latina*, México, Secretaría Educación Pública.

(Recibido el 23 de abril de 2013.)

(Evaluado el 30 de abril de 2013.)

Autor

Guido Galafassi. Es doctor en Antropología por la Universidad de Buenos Aires (UBA), especialista en Cooperación y Desarrollo por la Universidad de Barcelona, Posdoctorado en Desarrollo por la Universidad Autónoma de Zacatecas (UAZ).

Profesor titular en el Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ) e Investigador del Conicet. Profesor visitante en UAZ, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Veracruzana, Università degli Studi di Ancona y Università degli Studi di Padova.

Director de *Revista Theomai, Estudios Críticos Sociedad y Desarrollo*.

Publicaciones recientes:

—— (comp.) *Ejercicios de hegemonía. Lecturas de la Argentina contemporánea a la luz del pensamiento de Antonio Gramsci*, Ediciones Herramienta, 2010.

—— “¿Qué hay de nuevo viejo? Procesos de movilización y conflictos socio-ambientales”, *Conflicto Social*, vol. 8, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 2012, pp. 8-40.

—— en coautoría con Claudia Composto, “Acumulación por despojo y nuevos cercamientos. El caso de la minería a gran escala en la Patagonia Argentina”, *Cuadernos del Cendes*, Universidad Central de Venezuela, 2013, (en prensa).



Cómo citar este artículo

Galafassi, Guido, “Modernidad, desarrollo y conflictividad social. Algunas consideraciones conceptuales”, *Revista de Ciencias Sociales*, segunda época, año 5, N° 24, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, primavera de 2013, pp. 7-24, edición digital. En línea: <http://www.unq.edu.ar/catalogo/322-revista-de-ciencias-sociales-n-24.php>